Lazarine se apercibió de repente que las luces iban y venian detras de las ventanas de la fachada del castillo.

—Indudablemente me buscan—dijo.—Voy allá. Adios. No entreis en el castillo hasta dentro de media hora.

—Me decís adios—murmuró Begourde deteniéndola—pero ¿verdad que no es adios, sino hasta luego?

—Sí.... como seais juicioso.

—¿Y cuando os volveré á ver? ¿Cuando me concedereis alguno de esos minutos, que por cada uno de ellos daria un año de mi existencia?

—Mañana, si es posible, aquí á la misma hora. No respondo de nada no siendo dueña de mí, pero procuraré veros.

Y sin escuchar á su adorador, que no queria dejarla marchar sin besar una de sus manos, Lazarine recogió sobre su brazo izquierdo la cola de su vestido, como tenia costumbre de hacerlo con su largo vestido de amazona, y se dirigió apresuradamente hácia el castillo.

Begourde, á quien habia recomendado la marquesa que no entrase hasta media hora despues, encendió un cigarro y dijo continuando su paseo:

—¡No tengo rival! Represento como un ángel los papeles de un enamorado sério, de los

BIBLIOTECA CENTRAL

cuales no tenia la nocion mas elemental. La marquesa está seducida; ¡pronto irá lejos! Ya es mia; es hermosa la marquesa, y tan bonita, y por añadidura marquesa.... Me voy á enmarquesar en grande á despecho de la raza. Y esto tendrá que ver.....

La señora de la Tour du Roy detuvo su rápida marcha al acercarse al castillo, y subió con paso tranquilo las gradas de la escalera.

Encontró á su marido en la terraza.

Estaba solo.

—¿Sabeis, querida niña—la dijo—que me teniais intranquilo?

—¿Intranquilo?—contestó Lazarine.—¿Y por qué, gran Dios?

—Ignoraba que era de vos.

—Paseaba por el parque.

—¿A estas horas y sóla? ¿No habeis tenido miedo?

—Soy muy valiente—contestó la jóven sonriendo.

—¿Por qué no habeis reclamado mi brazo? ¡Hubiera sido tan feliz acompañándoos!

—Hablábais con Videl. ¿Por qué molestaros? Deseaba ademas la soledad y el silencio. Empezaba á sentir los dolores de la jaqueca.

—¿Y ahora?

—El silencio y la soledad me han curado. Estoy mejor.

—Un tranquilo sueño contribuirá al completo alivio.

—Así lo espero.

El marqués condujo á su mujer á su habitacion, y en el momento de separarse de ella, porque la jaqueca requeria el aislamiento, la preguntó:

—¿Habeis modificado en algo vuestra opinion acerca del jóven pintor que tan nerviosa os puso ayer?

—Sí y nó. Me fastidia, pero bajo otro punto de vista. Ayer estuvo inconveniente. Hoy se ha encerrado en un insoportable mutismo durante la comida. Su triste aspecto es ridículo. Sin embargo, esta segunda actitud es preferible á la primera. Supongo que á pesar de mi prohibicion habeis hablado de él con Laurent.

—Nada he dicho, os lo aseguro.

—Entonces ese jóven ha comprendido que al verse por primera vez admitido en su vida en la mesa de la buena sociedad, debia dejar á la puerta sus costumbres tabernarias; é ignorando el lenguaje del gran mundo, ha preferido callar. Eso es cuerdo y es prudente.

El marqués de la Tour du Roy soltó la carcajada.

BIBLIOTECA CENTRAL

—¡Pobre Héctor!—murmuró.—Resueltamente le detestais.

Lazarine se encogió de hombros.

—¿Detestarle?—repitió con un desden manifiesto.—¡Ah! Dios mio, no le dispenso este honor.... Solo merece la indiferencia, y yo no le regateo la mia.

Al dia siguiente, Begourde sufrió una grave decepcion.

Poco antes de la hora de comer empezó á llover, haciendo imposible la lluvia todo encuentro en el parque; pasóse la noche en el salon, donde el marqués y Laurent Videl, muy hábiles en el juego de ajedrez, se entregaron á una partida interminable. Héctor y Lazarine no hablaron palabra alguna.

Al dia siguiente, un cielo sereno y un sol espiendente permltieron á los jóvenes asistir al parque.

El señor de la Tour du Roy debia al artista la revancha de una partida ganada la noche anterior, y en tanto que se la concedia, la marquesa acudia á la cita de Begourde.

El pintor recitó, durante media hora, á la marquesa una série de madrigales que creia irresistibles; despues trató de conducir á Lazarine á un kiosko rústico, del que habia estudiado de antemano la situacion.

La marquesa saboreó los madrigales, pero

se mostró muy severa, no permitiendo ninguna familiaridad que perjudicara los derechos del marqués, y añadió que la menor indicacion de ir al kiosko la obligaria á alejarse, sin que le quedase la esperanza de que volviese.

Este proceder de una mujer que se comprometia tan locamente parece inverosímil, y sin embargo, se explica.

Lazarine no veia en aquellas peligrosas distracciones mas que un entretenimiento, una distraccion arriesgada.

Queria leer la novela hasta el fin, sin perdonar ni una página.

Si le era imposible llegar hasta el fin, aplazaria el desenlace lo mas tarde posible.... retrazándolo á una época indetermida y vaga.

Su naturaleza, fria aún como de mujer muy jóven, la ponia completamente al abrigo de una sorpresa de los sentidos; por eso Héctor, á menos que el dios azar no se declarase de pronto su protector, se hallaba á gran distancia del objeto que se habia propuesto.....

Esta firme creencia le tenia muy contento, y durante tres noches consecutivas se decia con conviccion al dejar á Lazarine, que no le concedia tan siquiera un beso:

—Mañana será.....

Un incidente imprevisto vino á modificar

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

completamente la situacion demasiado crítica de ambos jóvenes.

XXV

Ocho dias despues de la llegada de Laurent Videl y de Héctor al castillo, el marqués y Lazarine habian salido á dar un paseo á caballo.

Al entrar á las diez; se encontraron á Julio Leroux que fumaba un cigarro en el terrado.

El ex-banquero, que se aburria mucho en Hojas-Verdes, venia á almorzar con su yerno y con su hija.

La marquesa abrazó á su padre sin grande efusion, preguntó por sus hermanas, dejando juntos á los dos hombres, subió á su cuarto para sustituir su traje de amazona por un peinador.

Como era natural, el señor de la Tour du Roy habló de las obras que habia encargado á los artistas parisienses y pronunció el nombre de Laurent Videl.

Julio Leroux manifestó deseos de ver las obras.

El marqués le condujo á la galería en donde maestro y discípulo, colocados en sus respectivas escaleras, pintaban con ardor.